



Creo que esta historia de la larga batalla con mi padre, que en tiempos pensaba ser cosa insólita por no decir única, no es en el fondo tan extraordinaria si como parece se puede acomodar fácilmente entre esquemas y teorías psicológicas preexistentes, es más, en cierto sentido podría incluso constituir una demostración apropiada de la validez cuando menos racional de tales esquemas o teorías, de modo que, aunque a mí personalmente se me dé un higo, podría sostener sin problemas que mi intención a la hora de escribir la historia de la batalla es exactamente la de ofrecer otros puntos de apoyo a las doctrinas psicoanalíticas, que los necesitan mucho más de lo que se pueda creer, salvo que una tal suposición no casara con la presunción que más de uno podrá encontrar al final, o sea que la presente narración no sea sino una distorsión forzada de ciertas proposiciones y de ciertos puntos de vista de los que necesariamente deberé hablar a continuación y que tienen relación con mis ambiciones diríamos literarias, y por supuesto sobre este punto cualquiera puede pensar lo que le venga en gana, pero yo, desde el momento en que estoy próximo a liberarme de toda humana ambición y supongo que incluso de la propia vida, creo que sería absolutamente impropio que

atribuyera a la narración peculiares propósitos artísticos, pues en efecto creo que la historia se escriba en cierta manera sola, lo que no contrasta de manera irremediable con las doctrinas apenas mencionadas, o al menos con la llamada parapsicología, y en efecto sucede que los hechos y los pensamientos brotan en buena medida de manera automática de aquellas oscuras profundidades del ser donde la enfermedad primero y después la cura han hurgado hasta provocarles un deseo inmoderado de aflorar y de los cuales me parece que soy apenas un ejecutor pasivo, quiero decir que no les presto sino una diligencia expresiva, y también por llamarlo de alguna manera un estilo que en circunstancias menos dolorosas me hubiera llevado sabe quién hasta donde, por el camino de la gloria quiero decir. Sea lo que fuere, esta lucha con el padre, afirmo ya cercana a una conclusión inevitable, o sea, a la identificación final de los dos términos enfrentados, tanto que no se sabe si el último paso llevará a la derrota o a la victoria, dura desde hace sesenta años y cuatro meses por no decir incluso más, y en verdad se podría incluir sin esfuerzo el periodo prenatal, o sea, el que transcurrió en el seno materno, admitiendo, y al fin y al cabo no se trata de una idea tan estúpida, que en aquel ambiente existiese una más o menos desafortunada oposición al destino que me hacía nacer, y no digo que sea un acto reflejo quiero decir que padre y madre no desearan mi advenimiento, pues luego con la voluntad de tener un segundo hijo varón amasaron la vida feliz y abundante de cinco hijas hembras sin contar algunos abortos intermedios y del todo involuntarios, y así, al no poder ellos prever las escasas satisfacciones que iban a conseguir, es inconcebible una suya aversión al nacimiento del primogénito y, por tanto, si aceptamos la tesis de la oposición, sería obligatorio pensar en una mía autónoma resistencia a nacer y por ello a la confrontación con el padre, y

esto sí que sería extraordinario pues comportaría la formación de una consciencia y de una voluntad que tuviera solo carácter embrionario en mí mismo en forma de feto, lo que imagino que es algo más bien extraño, aunque no se deba excluir que con una tal intuición se puedan explicar, pero no es mi caso, no pocos abortos involuntarios que en las condiciones en que se encuentra el progreso científico diría que son inexplicables.

En cualquier caso, aun dejando de lado el periodo prenatal, la lucha con el padre me parece lo suficientemente variada y duradera como para poder convertirse en el argumento de una historia, y a este fin, más por comodidad de ejecución que por otra cosa, la puedo dividir, grosso modo es cierto, en tres periodos o fases, que llamaré sencillamente primera, segunda y tercera fase, y la primera comprende los años que van de mi nacimiento a los dieciocho años de mi edad, cuando tuve la ocurrencia, en el fondo necesaria, de alistarme; y esta fase se caracteriza, al menos en principio, por una solidísima prevalencia paterna, ejercida bien de manera simbólica o bien física, y con diferentes armas como por ejemplo la gran estatura, el peso que sobrepasaba el quintal métrico, el tabardo gris verdoso, y la calvicie que no sé si por asociación con las otras cualidades o por reflexión independiente me ha parecido siempre un signo de potencia, por mucho que ni en tierna edad me pasaran inadvertidos los curiosos intentos que mi padre llevaba a cabo con la intención de ver recrecer el pelo ayudado por la Quinina Migone, por lo que debería pensar en una incapacidad orgánica o cuando menos en una cierta torpeza a la hora de relacionar hechos diferentes y contradictorios cuando se referían en verdad a un único argumento, y cierto es que nunca me he desenvuelto bien en estos asuntos, pero eso no quita que, a fuerza de adivinar en mi padre contradicciones y deficiencias, conseguí liberarme poco a poco de su poderío y pasar, con el

gesto altivo que supuso el alistamiento voluntario, a la segunda fase, cuando, francamente, logré tener a mis pies al padre de tal manera que llegué a sentir algunas veces piedad por él y a darle un montón de satisfacciones de todo tipo e incluso, si bien es verdad que raramente, dinero, algo que duró más o menos hasta el trigésimo octavo año de mi edad, cuando tuvo la desventura de morir, con lo que provocó el inicio de la tercera fase que va de hecho desde su muerte en adelante, y en este punto las cosas comenzaron a irme mal, muy mal de hecho.

Mi médico sabe de sobra todo esto, mejor que yo podríamos decir, y en efecto fue él quien, en los primeros días de tratamiento, al interpretar de manera canónica un sueño que tuve y para ser más precisos el sueño que clasifiqué bajo la definición de sueño de la librería Rossetti, me dio la idea no digo de la lucha con el padre muerto, pues que estaba combatiendo con el difunto lo sabía ya desde hacía tiempo, sino que me procuró la prueba por la que a continuación, cierto que poco a poco, llegamos a la explicación justa o lo que es lo mismo científica de la lucha, y eliminamos todo lo que pudiera tener de supersticioso o tenebroso, y le dio un orden lógico, y no solo eso, ya que sobre todo le dio una dimensión humana, a lo que parece, posible de soportar. Yo creo que todos o casi todos tenemos una idea aunque sea aproximada de este tipo de tratamientos psicoanalíticos que están de moda en medio mundo y por ello también entre nosotros, cuidado, debo aclarar desde ahora mismo que no inicié, claro, el tratamiento por esnobismo pues lo cierto es que hubiera prescindido de él con mucho gusto, aunque solo fuera porque cuesta un pico, si no fuera porque entonces me encontraba tan decaído de cuerpo y no digamos de alma que, la verdad, si excluía el suicidio y la cura del sueño que por aquellos días estaba mal vista, no me quedaban según decían todos más que dos salidas, el electrochoque

y el psicoanálisis, y si es cierto que descarté el electrochoque en atención quizá excesiva hacia mi cerebro no es menos cierto que elegí el psicoanálisis animado, además de por la esperanza de obtener beneficios intelectuales como más adelante se dirá, incluso por una secreta necesidad de reemplazar de alguna manera al padre muerto para que el conflicto, si era inevitable, se desarrollara con un ser vivo y racional, y no con una memoria, o cosa semejante de igual indefinición y esquividad, como lo es un padre muerto, y si bien al inicio la secreta necesidad no estuviera muy clara, la cuestión de la transferencia fue precisamente la primera cuestión que abordamos o sea el transferir los afectos y no, como alguien podría imaginar, la eliminación del padre muerto y su sustitución efectiva por una persona para salir del paso, pues el psicoanálisis no tiende a esto, ni podría hacerlo de hecho, y en efecto esta práctica quiere sencillamente hacernos conscientes de los problemas y de los conflictos sepultados en nuestro inconsciente, de manera que, cuando nos los encontramos delante, a un cierto punto, de manera inesperada quizá enmascarados y con apariencias diferentes no nos asustemos hasta llegar a perder la razón.

Psicoanalizarse es, al menos en apariencia, la cosa más sencilla del mundo quiero decir que el tratamiento consiste en ir al psicoanalista dos o tres veces por semana, o incluso más según los casos, tumbarse en un diván especial inventado por el doctor Sigmund Freud y que facilita la relajación, en relajarse de hecho, y en explicar con absoluta libertad todo lo que te pasa por la cabeza pero, especialmente y siempre que sea posible, sueños recientes, y la libertad expresiva que es sin duda indispensable debería ser fluida porque el diván o asiento alargado está colocado de manera que el cliente no pueda ver al analista y se hace así para evitar embarazo u otros sentimientos inhibidores, porque, si omitimos que esto es de pago, el psicoanálisis

se parece un poco a la confesión, o sea, no serviría para nada si uno no contase la verdad, y como la verdad se confiesa mejor a uno mismo que a los demás, por eso el cura se esconde tras la cortina o tras la celosía y el paciente da la espalda al analista para hacer que todo sea más fácil, si bien a veces el paciente se distrae mientras piensa qué estará haciendo el analista mientras él en posición opuesta se relaja y habla, y por lo que a mí respecta creo que, a juzgar por los ruidos que hacía, el mío jugaba con las llaves de los cajones del escritorio y a veces se empantaba a la hora de encender el puro con el mechero, por lo que se veía obligado a maniobrar con el aparatejo cinco o incluso seis veces antes de conseguir encender el cigarro, o antes de desistir de encendérselo.

El doctor Freud fue sin lugar a dudas un gran hombre en calidad de inventor del psicoanálisis, tan grande que algunos no dudan a la hora de compararlo con Jesucristo y con Karl Marx, de colocarlo entre los pocos genios que han abierto nuevas puertas a la humanidad, yo a propósito de tal juicio no tengo naturalmente nada que objetar, pero con aquel diván o asiento alargado relajante no ha, a mi entender, acabado de acertar, y de hecho por mucho que me haya tumbado en aquel diván no he conseguido jamás relajarme por completo, he sido incapaz de disolver el grumo de tensiones que me llenaba el estómago, preocupado siempre por darle al pensamiento una exposición rigurosa y sentía además el agravarse de uno de los malestares que me atacan en una de mis zonas menos afortunadas, quiero decir en la zona de las cinco lumbares en las cuales, tengo la impresión, tuvo origen una noche remota el desastre, como con toda probabilidad el relato me llevará a explicar de aquí a poco, y si bien desde entonces me descubrí puntos débiles sin fin, el primero no lo olvidaré nunca, como debe ser, y cuando me recostaba sobre el diván

o asiento alargado freudiano las cinco vértebras, sufrientes sobremanera por culpa de la posición a que las obligaba el cuerpo todo, empezaban a sentir calor y a padecer hormigueos y otras sensaciones desagradables del todo dañosas y contrarias a la relajación y también al conjunto de mi complicado equilibrio psíquico, y de aquí que miedo y tensión, que podían ser en sí mismas razones por las que yo al médico no le haya dicho ni mu de este inconveniente lumbar, si bien más tarde, desde otro punto de vista es posible que no haya dicho ni mu por no desplacerlo, pues es casi seguro que creía de verdad en las capacidades relajantes del diván o asiento alargado, y no quería ofenderlo, ni mucho menos infundirle dudas, si le revelaba que ese dispositivo especial conmigo al menos no funcionaba.

Habría hecho cualquier cosa antes que desplacer al médico, y esta era una de las muchas razones que habitualmente enfurecían a mi mujer, quien afirmaba que dedicaba más atenciones a un fulano que con media docena de charlas me sacaba dinero a espuertas que no a ella, circunstancia rigurosamente falsa en sentido absoluto, pero da igual, mi mujer además de incompetente en asuntos psicoanalíticos estaba enamorada de mí, o por lo menos lo parecía, y cierto es que era posesiva, egocéntrica y sufría neurosis de abandono, tal y como con buen juicio me explicaba el médico, y le fastidiaban todos aquellos, incluidas cosas o actividades, que me alejaran de ella siquiera temporalmente, y con el psicoanálisis intuía ella, por razón de transferencia, que me había agenciado yo finalmente un padre a mi medida, que podía amar incondicionalmente desde el momento que no me tocaba continuamente las pelotas como mi padre verdadero aunque estuviera muerto, por el contrario era uno que gustoso me perdonaba los pecados, porque, después de todo, los pecados parecían no existir, los míos cuando

menos, es decir parecía que cuando pecaba yo estaba condicionado por quién sabe qué, lo que quería decir que en tales circunstancias era imposible comportarse mejor de como lo había hecho, y lo afirmaba el psicoanalista, y apuesto a que lo habría afirmado incluso si yo hubiera, por poner un ejemplo, estuprado a mis cinco hermanas, a todas, y esto lo diferenciaba del padre verdadero, y de mi mujer también se sobrentiende, pero aquí en esta historia el personaje que interesa es mi padre y no mi mujer, y él, mayormente en la primera fase de nuestra lucha, propendía a creer, en las muchas cosas que no iban bien a nuestro alrededor, que la culpa era mía, por mucho que la gran mayoría de estas cosas, y sobre todo las que tenían que ver con la convivencia familiar y con los negocios, funcionaran mal sin que yo tuviera absolutamente nada que ver. Vete a saber qué pensaba de sí mismo, si compartía al menos de manera parcial alguno de los muchos defectos y culpas que me atribuía o si, por el contrario, atribuirme defectos y culpas gratuitas era para él una maniobra evasiva con la intención de limpiarse aunque solo fuera fingidamente una conciencia demasiado llena de sentido de responsabilidad, si he de decir la verdad durante mucho tiempo e incluso tras su muerte pensé que se creyese un hombre justo y sabio por excelencia y por ello exento de culpa como el Padre Eterno, pero más tarde ya no estuve tan seguro, es más, no estuve seguro en absoluto, y no tanto porque hubiese descubierto documentos hasta entonces desconocidos o hubieran aparecido nuevos elementos de juicio, sino porque, como consecuencia de la enfermedad, tuve ocasión de darle la vuelta completamente, de arriba abajo, a mi punto de vista, incluso demasiado, pues si a través de todo un laborioso cotejo resultaba que yo me parecía a mi padre, se derivaba sin lugar a dudas de que mi padre viviente debía parecerse a mí, también por lo que hace al desmesurado sentimiento de culpa,

por mucho que yo sepa que en la historia de la similitud tenga mucho que ver el proceso de identificación todavía en marcha, y soy consciente además de correr el riesgo de acabar identificándome con un padre absolutamente imaginario, o quizá con una proyección de mí mismo idealizado, aunque a sostenerme en la fe y en la pena ayuda no poco una indudable y pavorosa semejanza física, objetiva, y a propósito de tal afirmación podría aportar, a modo de ejemplo, esa historia de las fotografías.

Cuando murió mi padre yo llegué naturalmente tarde, o sea, cuando lo habían compuesto y colocado sobre una de las cinco o seis mesas de mármol con las que contaba la cámara mortuoria, afeitado que daba gusto, vestido con el traje de bodas de hacía cuarenta años, todavía flamante y casi como nuevo, un poco porque mi padre como yo era parsimonioso y se vestía siempre con lo peor, y otro poco porque nada después de la boda engordó lo bastante como para no caber en el traje, en realidad para embutírsele como sudario fue necesario descoserlo casi por completo por la espalda, pero no se veía porque yacía de cara, digno y solemne en la paz eterna y a mí, que por aquel entonces no estaba todavía enfermo ni obsesionado por la muerte ni cosas parecidas, no me disgustaba verlo así como estaba, como muerto era uno de los muertos más hermosos que yo hubiera visto, y por eso se me ocurrió encargar que le hicieran unas fotografías. Ahora bien, explicado así, la justificación es hasta demasiado transparente, pero en absoluto convincente, y en efecto no es que yo quisiera hacer, como podría parecer, fotografías para los recordatorios o cosa igual de inconveniente, sino que retratándolo quería podríamos decir incluso rendirle homenaje, aunque en el subconsciente intentase conseguir resultados todavía nebulosos pero hoy sin duda evidentes y ligados estrechamente con aquel difuso sentimiento de culpa que, como es más que evidente, se desarrolló en

mí de manera desmesurada sobre todo gracias a las influencias paternas, así, aquella historia podría haber acabado importándome un huevo, siempre que hubiera sabido de ella, por lo que, si aquella vez llegué demasiado tarde, aunque subsista una culpabilidad concreta por mi parte, pues tenía presentimientos y todo eso, siempre que constituya culpa el llegar tarde en una circunstancia como aquella, lo cierto es que el médico, por así decirlo, era del parecer que no constituyera falta de ninguna clase llegar a padre muerto, pero es fácil comprender que el médico estaba obligado a echarme una mano que me liberara de aquel desproporcionado sentimiento de culpa, y por eso se esforzaba por persuadirme de mi inocencia aunque, como en el caso de no estar presente en el momento de la defunción del padre, la culpa existía, y de qué manera.

Me gustaría ser muy claro en este punto capital del asunto por cuanto señala el comienzo del paso de la segunda a la tercera fase de la lucha con el padre y en otras palabras la vuelta a sus superpoderes, y no está claro que no señale incluso el inicio aunque remoto y recóndito todavía de la oscura enfermedad que me azotó el alma, de acuerdo, digamos claramente que nació en ese punto esta horrible enfermedad, dado que la constatación de una culpa objetiva como era en realidad la ausencia dicha provocó la falla entonces provisionalmente inadvertida de la que surgieron todos los demás sentimientos de culpa cancelados y guardados en el depósito del inconsciente en espera de causar daños. En efecto yo, cuando a mi padre le llegó aquel accidente que se reveló mortal, estaba sanote de alma y cuerpo, vivía en Roma, alejado de todos, ganaba bastante dinero trabajando para el cine y andaba siempre metido en líos de faldas, porque nunca me ha gustado como gusta a tantos tener más de una mujer a la vez, de modo que cuando encontraba a una nueva debía despedir por fuerza a la precedente, y surgían desplaceres, pero desplaceres interesantes

y en el fondo agradables como lo son aquellos que conciernen a las mujeres. A mi padre le escribía, por regla general, dos veces al año, la primera en Navidad para decirle que por desgracia no podía ir a verle y que ya nos veríamos en Semana Santa, y la segunda en Semana Santa para decirle que por desgracia no podía ir a verle y que ya nos veríamos en Navidad, y en cada sobre metía un cheque, poca cosa en comparación con cuanto me costaba, por ejemplo, abandonar una amante y cambiarla por otra nueva, pero mucho si se considera, como es justo hacer, la ninguna necesidad de dinero que tenía mi padre, el cual, además, disfrutaba de dos jubilaciones, pequeñas cuanto se quiera, pero dos, y si la cifra que le mandaba era más bien ridícula, a modo de ejemplo diez o incluso cinco mil liras, entonces para tranquilizar la conciencia pensaba en algo suyo que me fastidiara, no sé, la obsesión por firmar con apellido y nombre en lugar de con nombre y apellido, o la importancia que se daba cuando desfilaba en las celebraciones patrióticas como portador de la bandera de la sección local de la Associazione Nazionale Carabinieri in Congedo¹ pues, al fin y al cabo, no resulta espléndido tener un padre carabiniere, aunque esté retirado.

Cuando la mayor de mis hermanas me llamó por teléfono para decirme que papá, pobrecito, no se encontraba muy bien, que había tenido no sé qué en el intestino, quizá solo estreñimiento pero muy muy doloroso y a la postre, aconsejado por el médico de cabecera lo ingresaron en el hospital de la capital, en una habitación para jubilados de primera clase, unas tres mil liras al día con calefacción incluida, para ver si se le iba este espantoso dolor de barriga, que de hecho un poco sí había pasado, pero se trataba ahora de ver el porqué de tan horrendo mal de vientre y por tanto, lo decía también en nombre de

1 Asociación Nacional Carabinieri Jubilados.